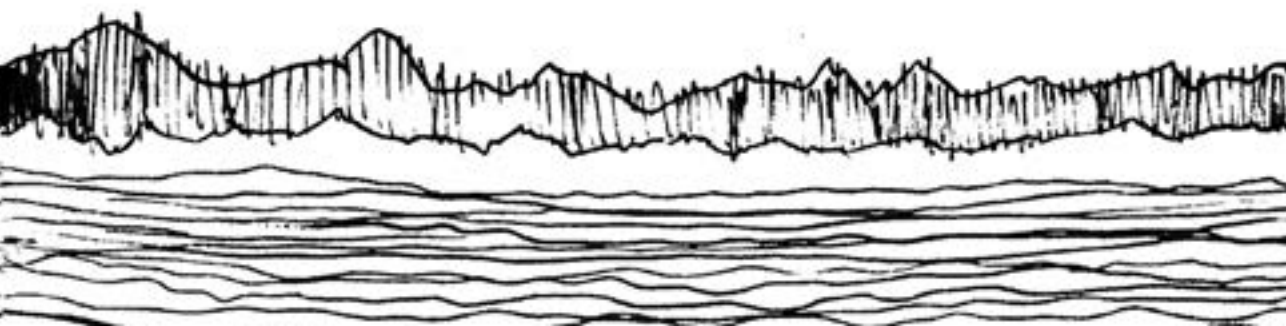
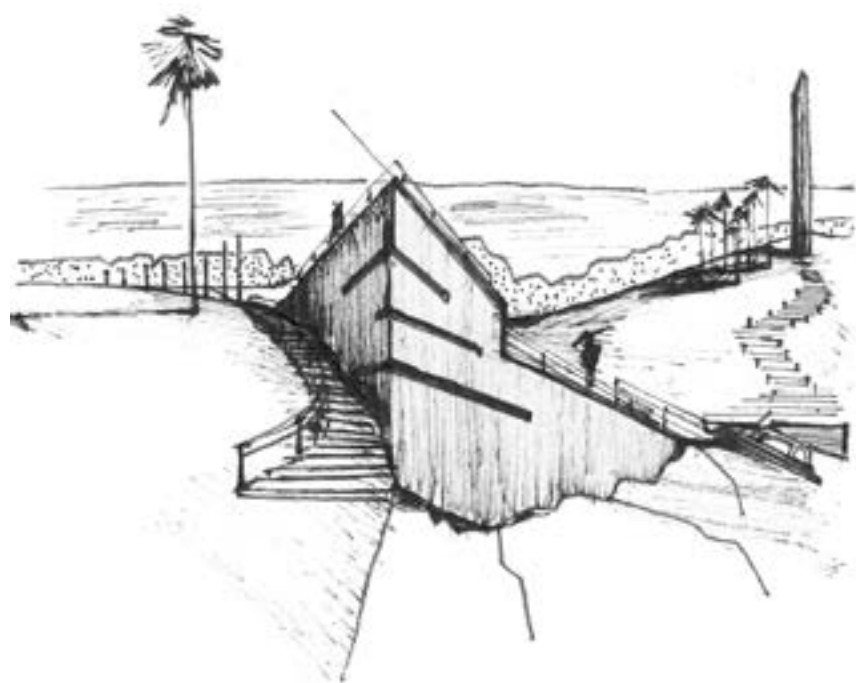


PARTE II. ¿QUIÉNES SOMOS?





Un viaje de retorno

Todos hemos emprendido algún viaje en algún momento de la vida, pero muy pocos hemos logrado hacer el viaje de retorno. Cuentan los viajeros que quizás este es mucho más emocionante. Imaginen una familia que, sin importar dónde, en qué condiciones y de qué formas, manda a uno de sus hijos a hacer un viaje hacia la universidad, que como lugar lo implica en el universo de los conocimientos, las experiencias y nuevas formas de vida que afectarán fuertemente su familia, su cultura, su personalidad. Sin embargo, aunque el viaje es emocionante, muchos se quedan solo en la ida, muchos factores dificultan el retorno y, como lo dije antes, este es mucho más emocionante.

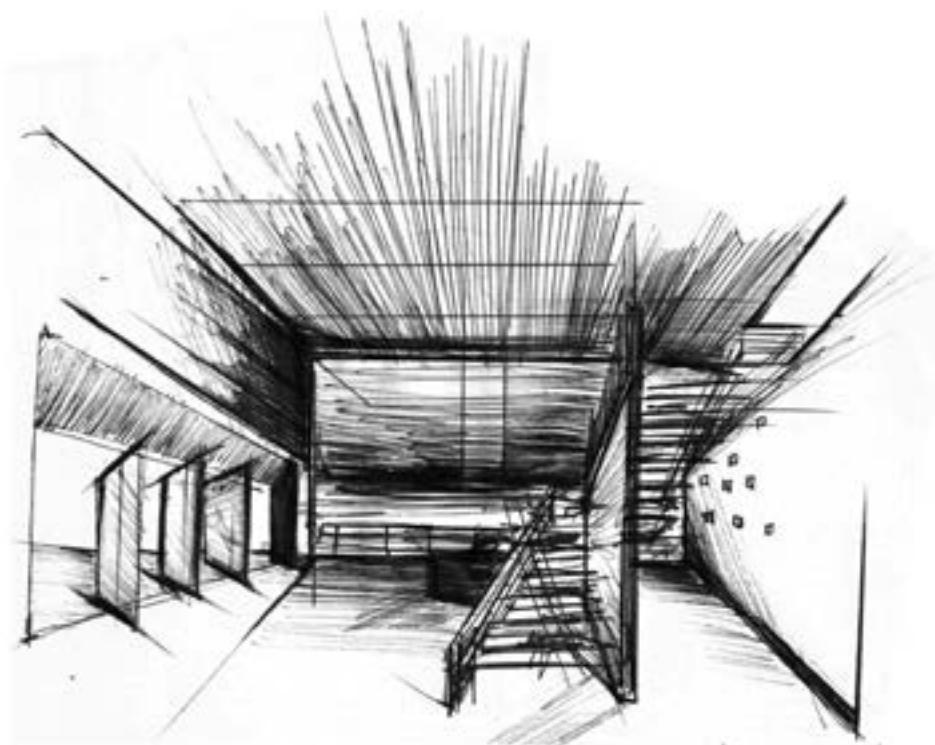
Ahora es preciso avanzar en el retorno de nuestra propia historia. Esa que empezamos a construir desde el mismo momento en que nos sentimos llamados a ser diferentes, ya que en un país como Colombia estudiar en una universidad marca la diferencia, vamos a retornar hacia el sentido más simple de nuestra humanidad, lo que somos, condicionados por el lugar de donde venimos, la familia a la que pertenecemos, la realidad y el contexto donde crecimos. Retornamos, pero ya no de la misma manera, como si estuviéramos desprovistos para el viaje. Retornamos con más experiencias, conocimientos y amigos. Con un título que nos acredita profesionales, para hacer que las cosas sucedan de la mejor manera. Hay un poema muy antiguo y famoso en el que se ve cómo puede ser ese camino de vuelta de aquel que va de la universidad hacia sus propios lugares. Ya hicimos el camino de ida, ahora el de retorno debe tener unas características especiales:

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias. No temas a los lestrigones ni a los cíclopes ni al colérico Poseidón, seres tales jamás hallarás en tu camino, si tu pensar es elevado, si selecta es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo. Ni a los lestrigones ni a los cíclopes ni al salvaje Poseidón encontrarás, si no los llevas dentro de tu alma, si no los yergue tu alma ante ti. Pide que el camino sea largo. Que muchas sean las mañanas de verano en que llegues —¡con qué placer y alegría!— a puertos nunca vistos antes. Detente en los emporios de Fenicia y hazte con hermosas mercancías, nácar y coral, ámbar y ébano y toda suerte de perfumes sensuales, cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas. Ve a muchas ciudades egipcias a aprender, a aprender de sus sabios. Ten siempre a Ítaca en tu mente. Llegar allí es tu destino. Mas no apresures nunca el viaje. Mejor que dure muchos años y atracar, viejo ya, en la isla, enriquecido de cuanto ganaste en el camino sin aguantar a que Ítaca te enriquezca. Ítaca te brindó tan hermoso viaje. Sin ella no habrías emprendido el camino. Pero no tiene ya nada que dartte. Aunque la halles pobre, Ítaca no te ha engañado. Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia, entenderás ya qué significan las Ítacas.¹

Les escribo a los jóvenes que están egresando de las universidades. Compañeros, ustedes ya saben cuál es el lugar de destino. Todos lo hemos soñado en algún momento de nuestras vidas. Ese lugar es un sueño que soñamos despiertos, es el sueño de cuando estamos solos y empezamos a imaginar e imaginamos lugares, personas, experiencias, viajes, una vida profesional. Todos nos hemos visto arquitectos, ingenieros, profesionales en negocios, abogados, especialistas. Hemos soñado un mundo de desarrollo. Nos hemos visto felices. Allí está Ítaca. Ahí está nuestro lugar de destino, ahora tenemos que ir tras él. Hay que ir hacia ese lugar y, aunque nos vamos a encontrar con dificultades, cíclopes, lestrigones y al colérico Poseidón, allí el viaje empieza a

1 Miguel Castillo Didier, *Kavafis íntegro*, 2 t. (Santiago de Chile: Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios y Malleros, 1991).

ser interesante. Ítaca es la ruta, nuestra vida misma, nuestra posesión más valiosa que muchas veces la dejamos pasar sin pena ni gloria, y permitimos que la rutina y los días sin sol nos anulen y nos olvidemos de aquello verdaderamente fundamental. Compañeros, feliz viaje de retorno. Enamórense de sus ítacas, de sus sueños, de los lugares soñados, del puerto de destino. ¡Feliz viaje de retorno, buen viento y buena mar, compañeros!



Salvemos a nuestros egresados

Cuando hemos sido testigos de las protestas estudiantiles, seguro que hemos visto un panorama nada alentador, es realmente complejo. La transición de un nuevo gobierno frente a los manejos de los recursos de las universidades públicas, muchas de ellas politizadas y administradas como si fueran alcaldías donde la politiquería es el pan-coger, donde gobernadores o alcaldes quitan y ponen sin compadecerse con la academia, con los generadores de nuevo conocimiento y aquellos que se están formando. Esta triste realidad la confrontamos con estudiantes que están egresando a ejercer en un país desacelerado económicamente, una industria desanimada y luchando por permanecer. En este contexto, nuestros jóvenes profesionales están siendo expuestos a salarios de hambre, a procesos de selección agotadores, a jefes maltratadores y a contratos que no generan ninguna seguridad. Más triste aun es ver a esos egresados padeciendo los cobros del Icetex o de los bancos que en algún momento les dieron un crédito para financiar sus estudios. Triste, más triste y mucho más triste ver a esos egresados desanimados, porque el anhelo de enfrentar retos inmensos se les ha salido de sus manos.

Hoy se gradúan de las universidades hombres y mujeres inmersos en una inquietante crisis humanitaria. La crisis se pone en evidencia por la mafia que ha penetrado al Estado y a las instituciones, el campo y la ciudad. Actualmente, como hace 25 años, seguimos siendo el primer productor mundial de cocaína. Con Sudán y el Congo formamos el trío de las naciones con más desplazados internos. Tenemos

el despojo campesino de cinco millones de hectáreas; más de dos mil personas permanecen secuestradas; somos el territorio del planeta con mayor densidad de minas antipersonales. Allí están los falsos positivos de jóvenes asesinados y presentados como muertos en combate, y las pirámides de dinero fácil. Hace unos días una mujer se tiraba de un puente junto con su hijito, desesperada por los cobros de un prestamista informal e ilegal.

Desde hace algún tiempo las cosas han cambiado, problemas como la corrupción, que estaba oculta, salen a la luz en lo que algunos llaman el cáncer del pueblo latinoamericano. Si antes nos preguntábamos: ¿qué pasaría si se acaba la guerra? Hoy nos preguntamos: ¿qué pasaría si acabáramos con la corrupción? Muy claramente un hombre como Carlos Raúl Yepes nos pregunta en su libro, frente a las diversas reformas que se hacen en el país, “¿para cuándo los colombianos estaríamos dispuestos a hacer la reforma moral que la sociedad requiere?”². Denso desafío, más cuando son precisamente esos egresados de los que estamos hablando, quienes tendrían la responsabilidad de hacer dicha reforma. Nos compete a todos, pero en especial a ellos que atraviesan la crisis y el desencanto. Por eso es válido marchar, por eso es válido indignarse, por eso es válido parar. Del mismo modo, es válido no negociar sus principios, no prestarse a los torcidos, no ganarse la plata de manera fácil, rápida y abundante. Necesitamos, finalmente, una generación del cambio. Una generación dispuesta a jugársela por este país que, aun en las condiciones actuales, se nutra de la suficiente esperanza.

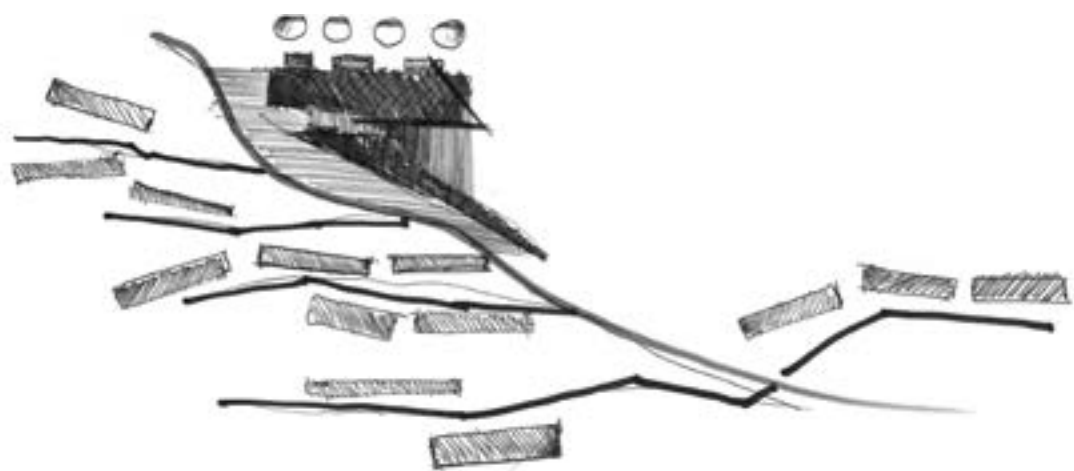
Si no hay un cambio la crisis humanitaria seguirá. En esta transformación es importante la función de las universidades, que al ser objetivas frente a la coyuntura actual, no pueden ser esquivas a estos problemas, así como los profesionales que salen de ellas no pueden ser ajenos a los compromisos que deberán asumir para hacer que esto cambie. Queridos lectores, juntos debemos motivar a nuestros jóvenes a ser diferentes. No podemos seguir animando a una generación

2 Carlos Raúl Yepes, *Por otro camino. De regreso a lo humano* (Bogotá: Aguilar, 2017).

de profesionales a repetir los modelos que hemos visto fracasar en la sociedad. No nos puede pasar lo mismo, no podemos ser el reflejo de aquellas palabras que crudamente John Steinbeck, autor de *Las uvas de la ira* (1939), dice de un pueblo análogo: “No son humanos, si lo fueran no permitirían que pase todos los días, desde hace tiempos, lo que pasa entre ellos”³.

Hay mucho que está en juego, lo principal, nuestra dignidad. Cuando un estudiante chino, hace unos años, se paró solo frente a los tanques de guerra del ejército comunista chino en la plaza de Tiananmén, allí estaba la dignidad humana. Cuando los ciudadanos son capaces de marchar, aunque se enloden sus nombres y la protesta, allí está la dignidad humana. Cuando los obreros del sindicato Solidarność (‘Solidaridad’) se levantaron en huelga para desplomar al socialismo soviético en Polonia, allí estaba la dignidad humana. Cuando un grupo de campesinos boyacenses pararon, a pesar de que se dijera que “el tal paro agrario no existía”, y resistieron, allí sin duda estaba su dignidad. Cuando se alza la voz pidiendo justicia por líderes sociales o por la comunidad inmigrante de venezolanos, allí está la dignidad humana. Cuando uno escribe este libro queriendo exhortar a salvar a nuestros jóvenes, allí está la dignidad humana reclamando su más bella victoria. Cuando vemos a un sinnúmero de jóvenes indignarse y llorar la muerte de sus líderes sociales, se llora la dignidad humana. Cuando millones de personas se levantan a decir no más corrupción es la misma dignidad la que se levanta a protestar. Todo esto está en juego, todo hace parte del mismo principio.

3 John Steinbeck, *Las uvas de la ira* (Madrid: Alianza, 2018), 281.



¡Que vivan los estudiantes!

La cantante chilena Violeta Parra escribió, entre 1963 y 1964, la famosa canción “Me gustan los estudiantes”. El canto inspirador, rebelde, poético y cargado de sentido es sin duda el combustible para asumir una postura crítica frente a la lucha estudiantil. Un movimiento que ha dejado muchas enseñanzas para la historia. En el caso latinoamericano, basta recordar el convulsionado 1968, año que aún narramos en el mundo con un canto de dolor. Antes, en 1954, Colombia vivía su propio proceso de protesta del movimiento estudiantil en el gobierno del general Rojas Pinilla. Esta fue la génesis de lo que hasta hoy conocemos como la lucha estudiantil, que, si bien por muchos años estuvo alineada a una agenda política latinoamericana, el deterioro de las instituciones del gobierno, la poca atención que se le ha prestado a la primera infancia, la deuda con la inversión en las instituciones de educación y la escandalosa separación entre la educación pública y privada han llevado a los movimientos estudiantiles de Colombia a salirse de tal agenda.

Es simple, protestamos en la actualidad por lo que otros protestaron veinte años atrás. Aún nuestros estudiantes piden que se les reconozca a sus docentes las condiciones básicas para poder ejercer su trabajo con dignidad, aún es usual ver a los estudiantes reclamar por la ausencia de políticas públicas que generen más equidad, aún seguimos luchando por la libertad de cátedra, nos indigna la corrupción. Se trata fundamentalmente de un reclamo de indignación y esperanza.

Que vivan los estudiantes
jardín de nuestra alegría,
son aves que no se asustan
de animal ni policía.

Y no le asustan las balas,
ni el ladrar de la jauría,
caramba y zamba la cosa
¡Que viva la astronomía!⁴

Hace unos meses, cuando vimos que dos universidades en Bogotá eran las protagonistas de esta lucha estudiantil nos enfrentamos a algo paradójico, precisamente las dos universidades protagonistas eran en su dimensión filosófica y social, totalmente opuestas: la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y la Pontificia Universidad Javeriana. La primera, una institución pública, laica, conformada por estudiantes, en su mayoría, con bajos recursos económicos y de fuerte tradición liberal. La segunda, privada, católica, se le conoce como una universidad de “élite”, conservadora y regentada por la Compañía de Jesús. Las dos instituciones tienen en común una alta calidad educativa. La una frente a la otra, separadas por la carrera séptima de la capital, fueron artífices de la protesta de un grupo de estudiantes que denuncian con fuerza los actos de corrupción de las directivas de la Distrital. ¡Qué bello es ver a la pública y a la privada juntas, reclamando por lo que es de todos! Lamento y rechazo los actores vandálicos que se sirvieron de la protesta para ensuciarla, lo que puso en riesgo el reclamo central de esta; sin duda estos hechos nos han desviado la mirada del verdadero y legítimo reclamo de los estudiantes. ¡Qué bueno que los estudiantes protesten por la corrupción de las directivas de su claustro! Este grito de indignación no se puede apagar, no se puede borrar y no podemos desviar la atención ni la mirada como sociedad frente a un canto legítimo de protesta. ¡No más corrupción, no más! No más políticos administrando corruptamente las instituciones, no

4 Violeta Parra, “Me gustan los estudiantes” (1963-1964).

más escándalos de este tipo, no más robo. La reforma universitaria y la reestructuración del centro académico son, por obvias consideraciones, urgentes.

Me gustan los estudiantes
que rugen como los vientos,
cuando les meten al oído
sotanas y regimientos.

Pajarillos libertarios
igual que los elementos,
caramba y zamba la cosa,
qué viva lo experimento.

Me gustan los estudiantes
porque levantan el pecho,
cuando les dicen harina
sabiéndose que es afrecho.
Y no hacen el sordomudo
cuando se presente el hecho,
caramba y zamba la cosa,
¡El código del derecho!

Sobre este código, los estudiantes de nuestro país exigen mayor atención. En los primeros meses del gobierno nacional, fueron los estudiantes los que tomaron el pulso político del país. Nos estamos enfrentando otra vez a una protesta legítima, claro está, sobre el mayor lastre que ha tenido nuestra sociedad: la corrupción. Por eso,

Me gustan los estudiantes
porque son la levadura,
del pan que saldrá del horno
con toda su sabrosura.
Para la boca del pobre
que come con amargura,
Caramba y zamba la cosa,
¡Viva la literatura!

Indignación y esperanza, eso es lo que puede sentir en este momento nuestra sociedad. Indignación porque rechazamos la corrupción y la entendemos como nuestra principal fuente de violencia; esperanza por una generación que cada vez con más fuerza levanta su voz, que no se queda callada, que no quiere ser cómplice.

Me gustan los estudiantes
que marchan sobre las ruinas,
con las banderas en alto
pa' toda la estudiantina.

Son químicos y doctores;
cirujanos y dentistas.
Caramba y zamba la cosa,
¡vivan los especialistas!

Me gustan los estudiantes
que con muy clara elocuencia,
a la bolsa negra sacra
le bajó las indulgencias.
Porque, hasta cuándo nos dura
señores, la penitencia.
Caramba y zamba la cosa,
¡que viva toda la ciencia!

La solución está en nuestras manos

Luego de diagnosticar nuestros problemas, finalmente la solución sí está en nuestras manos. Cuando un país vive un periodo de elecciones, lo que esto lleva implícito es una gran oportunidad. Hemos visto muchos debates, hemos escuchado las diferentes propuestas y, por supuesto, hemos visto el juego proselitista con prácticas de todos los calibres, desde lo más loable y bondadoso hasta lo más ruin y negativo. Nada nuevo, pensarán ustedes que me leen, y sí, ya no es nada nuevo, a eso nos tienen acostumbrados los partidos políticos en Colombia.

Cuando alguien aspira a una gobernación o alcaldía, pocas veces mira el entorno y se percata de los acontecimientos que se vienen dando a lo largo de América Latina, en donde Colombia también es protagonista. En los debates pareciera que muchos de los candidatos, por estar dedicados a la campaña seguramente, no se dan cuenta de que recibirán territorios donde la protesta social crece. El caso de Chile ya resuena en muchos ambientes académicos como una salida válida a las crisis sociales.

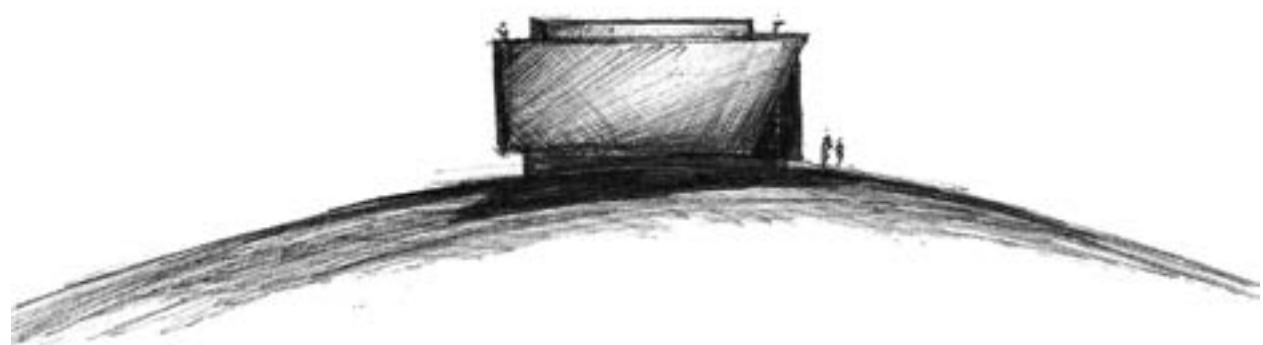
Estamos en un país en donde la amenaza latente de la protesta se nos ha convertido en el día a día. Transportadores inconformes por las constantes alzas de la gasolina, los peajes y la canasta familiar. Profesores que aún piden mayor claridad en los concursos del magisterio y mejoras en las condiciones salariales. Guardias de las cárceles cansados de ver cómo el delito es patrocinado y la confabulación en las prisiones crece. Un poder judicial colapsado, cansado y desprestigiado. Estudiantes que gritan porque les están robando sus universidades, los

están estigmatizando y les están violando su derecho a la educación. En este punto, cualquiera puede señalar más problemáticas, así como sectores cansados, indignados de ver esta inequidad.

Sin embargo, aunque esto suene cliché, *la solución está en nuestras manos*. El voto es la posibilidad más valiosa que tenemos para hacer una real transformación, una revolución de fondo. Vemos a muchos obsesionados con defender ardientemente a sus candidatos, ¿para qué? Para seguir igual, para ver pasar una sociedad que cada día se indigna más y que es, por la indiferencia al voto, maltratada. Tenemos en este momento en nuestras manos la posibilidad de construir una nueva historia, una que le dé paso a una generación que ha comprendido que no se pueden replicar los errores que se han cometido hasta el momento. Aprovecho este espacio para plantear mi opinión al respecto. Me cansa ver candidatos hacer campaña con las ideas de sus patrocinadores. Me cansa ver candidatos que replican las amañadas prácticas de políticos anquilosados y obsoletos. Me cansa ver candidatos que se hacen llamar “el de fulanito de tal”, empeñando su pensamiento, su misma vida. Me cansa ver candidatos desconectados de los problemas reales de la sociedad. Me cansa ver instituciones de la sociedad civil haciéndoles el juego a esos candidatos. Me cansa ver partidos que actúan más como sectas religiosas que como organizaciones políticas. Me cansa ver gobernantes haciendo campaña, alardeando eficiencia cuando no fueron capaces de conectarse con la sociedad. Me cansa ver debates como a los que nos tienen acostumbrados los medios de comunicación, con ultrajes, donde la decencia se perdió, donde la continuidad es el caballo de batalla. Me cansa ver un pueblo angustiado por un color, un caudillo o un partido. Me cansa ver familias destruidas y amistades perdidas solo por defender a unos u otros candidatos.

No sé ustedes, pero esta forma de hacer política me deja cansado, agotado de tanta mentira, de tanta falacia, de tanta traición; mientras tanto, los estudiantes siguen en protesta, pero mientras ellos gritan, se siguen adjudicando importantes proyectos de infraestructura a dedo, se sigue agotando el país; y la gente, sin más remedio, vuelve a refugiarse en aquello que los logra hacer escapar de esta cruel situación. No es tan sencillo decir que mientras América Latina protesta, nosotros estamos concentrados en un programa de televisión.

No obstante, hay esperanza, hay caminos y personas que, indignados, saben que no podemos seguir replicando las conductas de una generación cómplice, que se perdió en las manías de la corrupción, que abandonó la ética como norma de vida. También hay candidatos que muestran escenarios diferentes. No se trata de ser “impopulares”, se trata de tener recta intención, de hacer el bien por encima de todo y de buscar lo mejor para los ciudadanos. Candidatos que en verdad creen que si superamos la brecha de la educación le daremos paso a un canal efectivo de soluciones y a una generación capaz de afrontar los retos que tenemos como país y de solucionar lo que una generación de corruptos hizo. Hay esperanza y está en nuestras manos. Como en la caja de Pandora, esperemos que esta sea la última que se pierda, porque hasta ahora hemos perdido mucho.



Ir al final para ir por más

Qué tal si por un momento pensamos en el final de las cosas. Piensen ustedes por ejemplo que la vida ha sido equiparada a una obra de arte, a un poema, a una novela. La literatura relata la vida desde muchos géneros, estilos, culturas; pensarán ustedes que no es tan sencillo, pero si lo vemos con el rigor con el que el escritor o el poeta escribe, lo es; no solo por la magnitud del tiempo invertido, sino por las formas y usos que empleó para llegar al fin. Lo bello de la poesía es que nunca hay productos terminados. Lo bello de la literatura es que cuando se finaliza, siempre el escritor nos deja con la sensación de que hizo falta algo más.

En la literatura como en la vida vale la pena ir hacia el final para entender que ir por más siempre es valioso. Imagínense ustedes al caballero andante, luego de las peripecias y la aventura iniciada en aquel lugar de La Mancha, cuando camino de vuelta, reconociendo el valor de la aventura, se despide de su obra de esta manera:

Pasaron innumerables momentos [...] nuestro caballero vivió incontables aventuras imaginadas por él en la primera parte e inventada por los demás en la segunda parte de la obra [...] Finalmente un duelo [...] el Caballero de la Blanca Luna se presenta y lo reta a una pelea [...] el motivo será la belleza de su dama [...] la condición es clara, el que caiga derrotado deberá reconocer que su dama es menos bella que las demás y luego retirarse de la caballería [...] pacto de caballeros que Don Quijote cumplirá [...] Y la

batalla será compleja, tan compleja que nuestro caballero caerá derrotado ante el Caballero de la Blanca Luna.⁵

Piensen ustedes en el final de la más célebre novela de nuestro nobel de literatura:

Solo entonces [Aureliano] descubrió que Amaranta Úrsula no era su hermana, sino su tía, y que Francis Drake había asaltado a Riohacha solamente para que ellos pudieran buscarse por los laberintos más intrincados de la sangre, hasta engendrar el animal mitológico que había de poner término a la estirpe. Macondo era ya un pavoroso remolino de polvo y escombros centrifugado por la cólera del huracán bíblico, cuando Aureliano saltó once páginas para no perder el tiempo en hechos demasiado conocidos, y empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo en el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como si se estuviera viendo en un espejo hablado. Entonces dio otro salto para anticiparse a las predicciones y averiguar la fecha y las circunstancias de su muerte.

Sin embargo, antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irreplicable desde siempre y para siempre porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.⁶

5 Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (Alzira: Algar, 2016).

6 Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* (Buenos Aires: Sudamericana, 1967).

Vayamos más allá. Si en el festín de las letras de una historia de amor todo termina en muerte y desencanto, uno quisiera ver que más allá de la muerte realmente continúan las historias de amor. En el contexto político de agitaciones y violencia,

el señor Bartolomé de la Escala (que en esa fecha mandaba en Verona), después de haberse asesorado con los jueces, dispuso que la asistenta de Julieta, por haber ocultado a sus amos el matrimonio clandestino de aquella y quitar la ocasión de un bien, fuese desterrada; y que Pedro, en consecuencia de haber solo obedecido a su señor, fuese puesto en libertad. El boticario, preso, sometido a tormento y declarado convicto, sufrió la horca. El buen Padre Lorenzo, en atención a los antiguos servicios que había hecho a la república de Verona y al justo renombre de su vida, fue dejado en paz, sin nota alguna de infamia; pero él, de propia voluntad, se encerró en una pequeña ermita, a dos millas de la población, donde aún vivió cinco o seis años, haciendo ruegos y oraciones continuas.

Por lo que hace a los Montescos y Capuletos, derramaron tantas lágrimas a consecuencia de este desgraciado accidente que, desahogada con ellas su cólera, vinieron al fin a reconciliarse, alcanzando así la piedad lo que nunca pudo la prudencia ni el consejo. Y para inmortalizar la memoria de esta firme conciliación, ordenó el señor de Verona que los cuerpos de los dos infelices amantes fuesen colocados juntos en el sepulcro que les vio morir, erigido en columna de mármol y cubierto de inscripciones. Así, pues, entre las raras excelencias que se muestran en la ciudad de Verona, ninguna tan célebre existe como el monumento de Romeo y Julieta.⁷

Queridos amigos, estas imágenes de la literatura nos incitan a imaginar qué habría pasado después. En este mismo sentido, la academia nos ayuda a trazar episodios finales, pero nos invita siempre a mirar más allá. Cuando un joven siente que está culminando una etapa

7 William Shakespeare, *Romeo y Julieta* (1595) (Biblioteca Virtual Universal, 2003).

importante en su vida, debe dejarse impregnar por el espíritu de la literatura para entender que siempre hay más, que vale la pena ir por la historia hasta ahora no narrada. Uno no es profesional si no es porque esa profesión lo invita a ir por más. Uno no se hace especialista sin saber que aún hay más. Ese es el conocimiento, eso es lo bello de la vida académica. Nos reta, nos inspira, nos construye. Al final, todos debemos contar nuestras historias, aun sabiendo que esta no ha acabado, siempre aparece un nuevo comienzo. Queridos amigos, uno no estudia si no es con el ánimo de tener finales felices. A eso nos invita Santo Tomás siempre insistiendo que el final de todos los seres humanos es la propia felicidad (ST I-II, q.3, a.1.)⁸. Estudiamos para no morir, como aquel coronel que esperaba su pensión; recuerden aquella escena en la que, agobiado por la insistencia de su mujer en vender un gallo para poder comer, él se resistía:

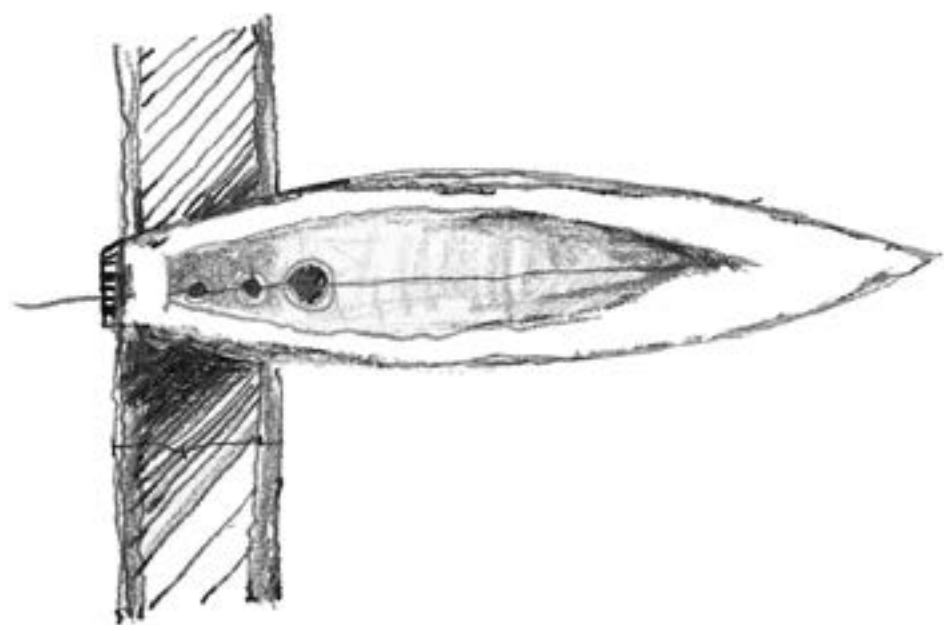
Si mañana no se puede vender nada, se pensará en otra cosa. Trató de tener los ojos abiertos, pero lo quebrantó el sueño. Cayó hasta el fondo de una substancia sin tiempo y sin espacio, donde las palabras de su mujer tenían un significado diferente. Pero un instante después se sintió sacudido por el hombro. —Contéstame. El coronel no supo si había oído esa palabra antes o después del sueño. Estaba amaneciendo. La ventana se recortaba en la claridad verde del domingo. Pensó que tenía fiebre. Le ardían los ojos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la lucidez. —Qué se puede hacer si no se puede vender nada —repitió la mujer—. —Entonces ya será veinte de enero —dijo el coronel, perfectamente consciente—. El veinte por ciento lo pagan esa misma tarde. —Si el gallo gana —dijo la mujer—. Pero si pierde. No se te ha ocurrido que el gallo pueda perder. —Es un gallo que no puede perder. —Pero suponte que pierda. —Todavía faltan cuarenta y cinco días para empezar a pensar en eso —dijo el coronel—. La mujer se desesperó. “Y mientras tanto qué comemos”, preguntó, y agarró al coronel por el cuello de franela. Lo sacudió con energía. —Dime,

8 Tomás de Aquino, *Summa theologiae*. http://www.documentacatholicaomnia.eu/o3d/1225-1274,_Thomas_Aquinas,_Summa_Theologiae,_ES.pdf

qué comemos. El coronel necesitó setenta y cinco años —los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto— para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder [...].⁹

La última palabra ustedes seguro ya la conocen, si no, pues los invito a buscarla. Estudiamos y nos graduamos para nunca tener nada que ver con esa palabra...

9 Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba* (Medellín: Aguirre, 1961).



El desafío de la ética

Hay una huella de los valores que le garantizan a la sociedad dejar de lado lo que por años hemos traído como un lastre. ¿A qué me refiero? En particular a esa cultura mafiosa, poco rigurosa, llevada por el deseo de dinero fácil, rápido y abundante; esta que nos enseñó a recurrir a la trampa para sentirnos ganadores, la del papá que le decía al hijo que si se dejaba pegar él le daba más duro, o la de la mamá orgullosa porque el niño le cuenta cómo engañó con la tarea a la profesora o se copió del compañerito. Es frecuente, inclusive, en los colegios ver cómo hay docentes que engañan a sus estudiantes con abundante trabajo en clase para justificar su mediocridad, que no dictan su clase, simplemente porque no la preparan.

Finalmente, cuando nos detenemos a mirar con mayor detalle los grandes problemas de cualquier sector de la producción en Colombia, o de cualquier sector social, coincidimos en que es un problema de ética. Es decir que es precisamente por la insuficiente conciencia ética que tenemos prácticas corruptas, desgaste técnico, humano, financiero, sin contar el desgaste de la familia, de los valores, en fin... ¿qué hacer? Para todos son conocidos los esfuerzos permanentes de la educación en este campo; sin embargo, para que la integración sea plena debe desarrollarse desde y para la familia, por eso nos encontramos acá, con el propósito de que juntos, ustedes como familia y nosotros como educadores construyamos un modelo de ejecución confiable que, ajustado al espíritu de las necesidades de la sociedad, redundará en beneficio de todos. Es que, si ya ser pilo no paga tanto, siempre

ser bueno lo va a pagar todo. Cuando una persona empieza a formar su conciencia ética, ¡ganamos todos! Ganan la sociedad, el país, las empresas, los trabajadores y sus familias, y como consecuencia, gana uno mismo. La ética nos hace más creíbles, más confiables, más verídicos. La ética, en definitiva, nos permite generar valor, el activo más importante para la sociedad actual.

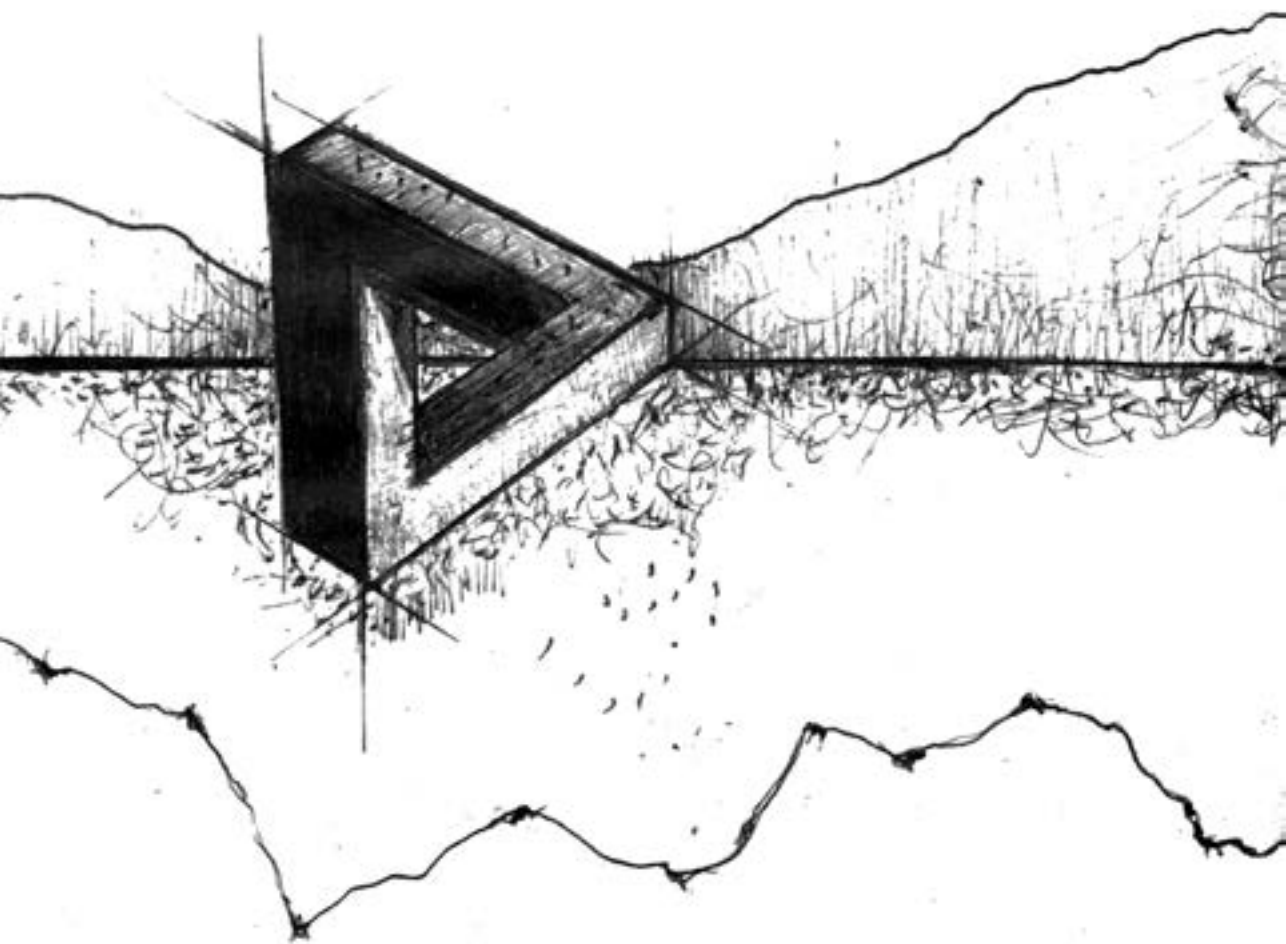
¿Ustedes se han preguntado por su dimensión ética? ¿Se han preguntado qué tan éticos son? Si se tratara de responder de uno a diez, ¿qué calificación le asignarían a su dimensión ética? Estas preguntas son importantes porque nos ayudan a establecer un diagnóstico muy personal, que logrará, por lo menos así lo espero, al final de este libro, construir más asertivamente nuestra visión ética y esta nos preguntará por la forma como llevamos la misma vida, ¿honoradamente? Sigamos utilizando nuestra imaginación. ¿Será que esas clases que hemos recibido en nuestros colegios y universidades sobre humanidades, ética y ciencias sociales, han producido un cambio relevante para nuestro ser? Se trata en particular, y en el mejor de los casos, de que este tiempo realmente nos sirva para algo. La pregunta de la ética, ese porqué, es el fundamento de la conducta moral. Siempre que las conductas de una persona pasan por el filtro de las preguntas, entonces se dice que allí hubo un discernimiento ético; cuando este último se hace consciente en la propia vida, entonces entra en el plano de lo moral. Así es que nuestra ética nos lleva a la moralidad de las cosas y este es el fin más bueno al que debemos aspirar.

En este orden de ideas, la ética es algo práctico. Está en el ADN en cuanto que nos ayuda a formar nuestra conciencia para así poder discernir y optar por lo que es bueno o por lo que es malo. Está muy al corriente de nuestros actos humanos, ya que estos nos definen fundamentalmente. Para esto necesitamos cargarnos de una buena dosis de valores, estos son el combustible que mueve nuestra vida. ¿Será que nuestras decisiones están basadas en esos valores? Pensemos en uno: la honestidad. Dice Tulio, en su *Rhetorica*, que lo honesto es aquello que se busca por sí mismo (ST II-II, q. 145, a.1.). Santo Tomás de Aquino vincula la honestidad con la virtud de la templanza. La honestidad es la condición fundamental para que, en

un proceso de formación, un ciudadano pueda mirar al otro a los ojos, reconocerlo y, fijamente, sin fingimiento, asumir su realidad como parte constitutiva de lo que es.

Lejos de parecer repetitivo, sin duda las cosas están cambiando y para bien. En la actualidad hay mayor conciencia del crecimiento y el desarrollo personal, hay más cultura cívica; nos falta mucho, pero al menos vemos en la agenda de los académicos y de algunos políticos que el urbanismo como la civilidad son herramientas de construcción de una ética para todos. Pensar en que nuestra sociedad abre sus puertas al desarrollo, compromete también pensar en un pueblo que, de hecho, se ha desarrollado mentalmente según un código de convivencia y ciudadanía que nos permite a todos desenvolvernos en la sociedad. Se trata, en última instancia, de ser éticos. Es muy difícil innovar o ser competitivos cuando no tenemos los mínimos requeridos: educación y disciplina. Estas dos son las herramientas que posibilitan la formación de una conciencia ética.

Muchas veces creemos tener la educación, sabemos que hablar del otro está mal, que hacer *lobby* o autopromoción donde no corresponde está mal, sabemos que las campañas de desprestigio, tan comunes en nuestro país, son éticamente deplorables, sabemos que pasar por encima de los demás no es la mejor forma de convivencia, sabemos que sobornar a un policía o a un funcionario público es un principio de corrupción, sabemos que contratar personas a ojo o hacer procesos de contratación buscando comisiones son actos de corrupción. Aunque sepamos todo esto y tengamos la educación suficiente, muchas veces dejamos pasar en alguien estos actos o nosotros mismos los cometemos. Ahí es donde se necesita la suficiente disciplina que nos ayude a conducir nuestro obrar.



Y, ¿quién es usted?

Cuando se construyó la carta de los derechos humanos, Jacques Maritain puso sobre la mesa la frase que consiguió la aceptación unánime de los participantes: “todos los seres humanos tienen igual dignidad”¹⁰, sobre ese juicio se construyeron todos los compromisos de derechos humanos. Esta es la grandeza de cada uno de nosotros. La que desarrolló la ética liberal sobre el principio de “tratar a los demás con el respeto con que quieres que los demás te traten a ti”; la que llevó a Kant a afirmar que ninguno de nosotros puede ser utilizado como medio, porque cada ser humano es un fin en sí mismo; la que en la tradición judaica y en las grandes tradiciones religiosas de los pueblos afirma que cada mujer y cada hombre es imagen de Dios, y lugar privilegiado de la manifestación del misterio trascendente.

La dignidad humana no puede incrementar ni disminuir. Ni siquiera la universidad nos añade algo más de dignidad, somos nosotros mismos en relación con el otro. Es usual ver en las redes sociales denuncias de personas que, con prepotencia y sobrada altivez, le dicen a un policía, a una persona humilde, a un taxista o un obrero: “¿Usted no sabe quién soy yo?”. Lo recordé cuando hace unos meses se anunció la campaña al Concejo de Bogotá de uno de los protagonistas de

¹⁰ Jorge Horacio Gentile, dir., Introducción, en *Balance a los 60 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Según el pensamiento de Jacques Maritain* (Córdoba: Alveroni, 2010). <https://jorgegentile.com/2010/04/12/balance-de-los-60-anos-de-la-declaracion-universal-de-los-derechos-humanos/>

esta escena ya popular en el país. Cuando uno analiza eso, surge la pregunta: y acaso, ¿quién carajos es usted? Es que acaso se tiene más dignidad por ser doctores, magísteres, concejales, por estudiar en una universidad o por tener dinero... tampoco tendrán más dignidad mañana por ser alcaldes, ni presidentes, ni premios nobel, ni gerentes de una gran empresa. Nunca podremos tener más dignidad que la que tiene un pescador del río Magdalena, un desplazado de Soacha, una campesina, un indígena, una madre comunitaria o un habitante de la calle.

Nuestro gran pecado estructural de creernos más que los demás está generando una sociedad indiferente a los problemas, parálitica, inmóvil, incapaz y con altos niveles de frustración. Necesitamos transformarnos, reconocernos los unos a los otros, sin destruirnos, sin pretender ser más que los demás. Los invito a llevar profundamente en el alma esta convicción, porque los colombianos, arrancados de la grandeza de nuestro propio pueblo sin saber por qué, nos hemos ensañado unos contra otros, nos hemos despreciado, nos hemos odiado, nos hemos matado. Hemos llegado a pensar que hay unas vidas humanas que valen más que otras, nos hemos visto asesinando para controlar la tierra, hemos excluido a los indígenas y a los afrodescendientes, hemos preferido la seguridad de las empresas a la de las personas. Hemos llegado a pensar que el dinero es más importante que la gente, o que tener plata nos hace más significativos, más dignos, más merecedores que los demás.

Y, ¿quién es usted? Hacemos parte de una bella generación. Somos ese alguien capaz de pensar en grande. Sé que podemos. Somos una generación que quiere vivir en la simplicidad, con un horizonte definido, convencidos de que somos capaces de soñar diferente y en grande. En el viaje que hacemos hacia nuestros lugares de procedencia, hacia las regiones de Colombia, habría que preguntarnos: ¿y ustedes para qué es que son buenos? Pregunta que finalmente resulta más útil. Nos jugamos el sentido de lo que somos nosotros mismos en la decisión de poner en práctica esa bella máxima: “vive de tal manera que tus huellas sean tan profundas que se conviertan en guía”.

Educar antes que graduar

Es común escuchar que se están graduando muchos profesionales en las universidades. Este hecho, que no requiere de un análisis profundo cuando se confronta con el consolidado estadístico de quienes salen de los colegios, logran ingresar a la universidad y terminan sus estudios, no debería ser preocupante por los que se gradúan sino por aquellos que no llegaron hasta allí. Pero, ¿qué implica graduarse? El término grado es usualmente usado por la física para referirse a la temperatura. Esto es, que los grados sirven para medir su intensidad. Así como el tiempo se mide en segundos, la longitud en centímetros, con la temperatura se trata de grados. Se podría terminar el periodo de formación midiendo en términos de tiempo el logro obtenido, ¿será que fue un buen tiempo? ¿Sería el tiempo suficiente? ¿Será que ganamos o perdimos el tiempo? Solo el tiempo logrará responder a estas preguntas. Si lo miramos en términos de longitud, entonces nos preguntamos si al culminar nuestros estudios realmente avanzamos. O, si el camino recorrido nos sitúa en un lugar más alto, ¿hemos crecido lo suficiente para asumir la nueva vida? En este punto, el problema es de conciencia, porque uno no sabría cómo responder a esas preguntas. Solo la gente que nos rodeará, con la que asumiremos la vida laboral, los futuros jefes, empleados, socios, hasta los mismos amigos y familiares sabrán responder si realmente crecimos.

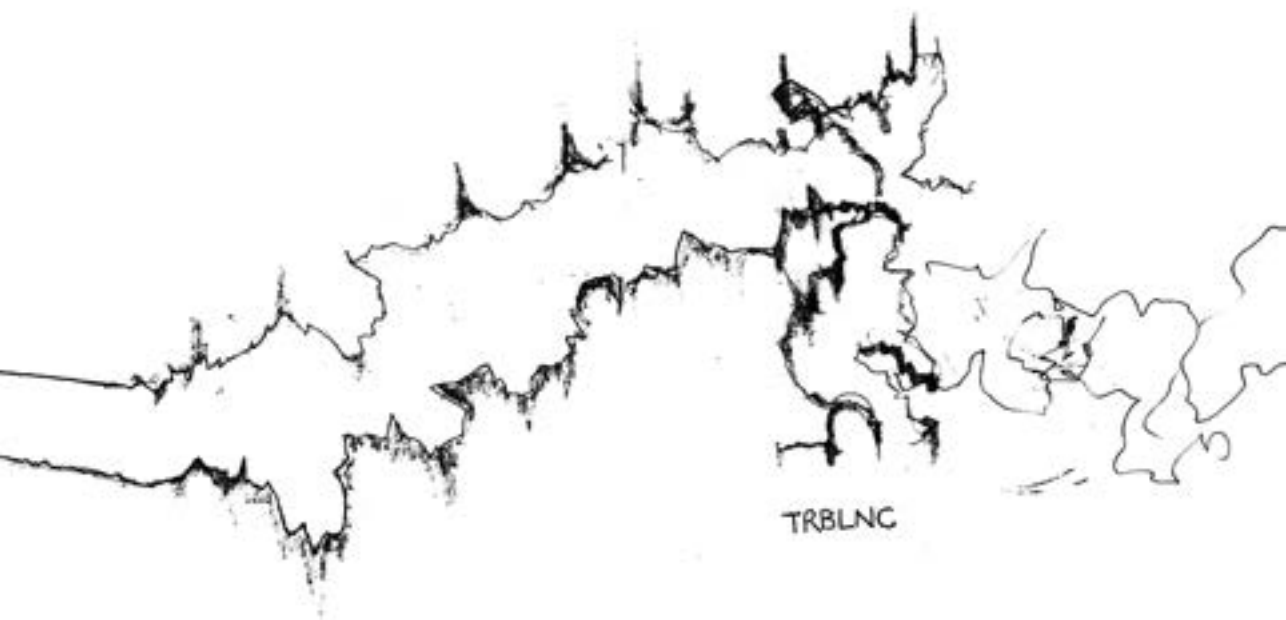
He tenido la oportunidad de conversar con muchos padres de familia que manifiestan con preocupación la situación de sus hijos sobre estos temas. Muchos sienten que no, que ni hay intensidad ni se

aprovechó el tiempo ni se creció. ¡Preocupante! Estamos pasando por una situación en la cual sentimos grandes vacíos de la educación inicial, la primaria y la media, que repercuten en la formación universitaria. Hay estudiantes a quienes actitudinalmente no se les ve su paso por la educación. Tramposos, mentirosos, traicioneros, groseros, indiferentes con la realidad social y política y, lo que es peor, con sus propias familias. Tenemos jóvenes que se sienten excepcionales por ingresar a una universidad, al punto que exigen un trato diferente, casi exclusivo, bajo la convicción de que son más y mejores que los demás, entonces la respuesta se hace evidente. No crecieron, quizá disminuyeron.

Hace un tiempo conocí a una mujer octogenaria oriunda de Jericó, Antioquia. Ana Luisa Molina, una maestra de escuela que muchos descubrimos en la pantalla grande cuando se presentó la película *Jericó: el infinito vuelo de los días* (2016)¹¹. Su historia es singular y, claro está, de película. Con una conversación fluida, en un ambiente de fraterno compartir, la directora, Catalina Mesa, le preguntaba cuál era el secreto de lo que hace cincuenta años fue el kínder, su escuela Pablo VI. Sin dudarle, Ana Luisa solo refirió dos cosas, respeto y familia. Esa es la clave. Si la educación no forja seres humanos que basen su vida en el respeto muy difícilmente estarán aptos para una vida social activa. Del mismo modo, si la familia no está en el permanente deseo de educar de manera comprometida, ni los grados superiores ni la universidad podrán suplir lo que en la base nunca se brindó. Ana Luisa no es una experta en pedagogía, mucho menos una erudita en el campo de la educación, ni tampoco una profesional titulada en didáctica. Puede que ella no conozca mucho de Decroly, de Montessori o de Piaget. Ella tan solo tiene claro que una buena educación hunde sus raíces en la familia y de ella se desprenden los valores que requiere nuestra sociedad. A estos dos aspectos, Ana Luisa suma un ingrediente adicional, el de la vida espiritual. Esa que nos ayuda a trascender, a entender nuestra finitud. Una vida espiritual que cultiva nuestra humanidad para hacerla más compasiva con ella misma, con los demás. Una vida

11 Emilie Frigola-Salelles (productor) y Catalina Mesa (director), *Jericó: el infinito vuelo de los días* [película] (Colombia-Francia: Miravus, 2016).

espiritual que nos eleve la temperatura de nuestros valores, la longitud de nuestra vida y el tiempo que tenemos para dejar profundas huellas. La temperatura, por su parte, solo requiere de un principio: el calor, pues este tiene una función fundamental: transformar. Hasta los objetos más rígidos logran transformarse cuando son sometidos al calor. Piensen ustedes en los metales que son sometidos a la intensidad del calor para darles una forma diferente. Eso es lo que hace la educación con nosotros, por eso, solo ella se puede medir en grados y por los grados que se obtenga uno puede entender el proceso de transformación de las personas. Gran tarea que tenemos todos, familias e instituciones. Queridos lectores, el problema no es menor. La sociedad podrá verse en muchas crisis, pero si no nos tomamos en serio la de la educación, entonces no veremos posible una sociedad con un marco de convivencia para todos.



TRBLNC

Una taza de educación

Diría mi querido profesor Francisco Rodríguez, Pacho, como le decimos sus amigos más cercanos, que “hacer tinto es de las actividades que no requieren fundamento”. Un tinto negro, como nos gusta, se puede preparar directamente en la cocina, sin consultar expertos. Se requiere tal vez un poco de experiencia. Algo de café, agua, un recipiente y, por supuesto, un fogón, en lo material. En lo espiritual, quizá tinto y tacto para balancear la mezcla de agua y café, pero no más. Sin conocer los secretos de la física llenamos de agua el recipiente. Sin saber de termodinámica la llevamos al fogón. Ignorando soluciones y solutos vertimos el polvo marrón en el agua caliente. Lejanos de pesos y medidas rebullimos con la cuchara. Sin conocer de dinámica, newtons o ergios, empujamos el émbolo hasta separar el cuncho del precioso líquido. El olor que despide el recipiente es un enigma, como las estatuas de la Isla de Pascua y su hermoso pregón, como la llegada del hombre a América, como el último componente del átomo, como el breve momento antes del sueño. Misterio de los misterios, como la Santísima Trinidad, nadie lo puede ver, pero todos lo podemos sentir. Como un chicharroncito con unos frijolitos que solo acá se sirven, que como un canto de sirena nos enloquece y, sin pensar en teóricos, Piaget o Vigotsky, Habermas o Van Dijk, nos “zampamos” el primer sorbo humeante y llegamos al cielo. Olor a patria, sudor de campesino y calor de hogar se unen en un acto cotidiano de contemplación.

El proceso de enseñar tiene, así como el de hacer un tinto, unos pasos que vale la pena recordar. Uno prepara su vida, junto con la

familia, para iniciar esta experiencia. Luego, nos sometemos a un proceso de transformación y, en el mismo acto cotidiano de contemplación, se siente que la vida va cambiando y, como consecuencia, siente uno que crece, que evoluciona, finalmente, nos realizamos personalmente. Cuando en las instituciones recibimos a nuestros estudiantes, les medimos la temperatura y los equilibramos para que juntos, desde los lugares de donde vienen, las familias a las que pertenecen, los intereses y experiencias con los que llegan, las ambiciones y los sueños, se puedan equilibrar para que, en el compartir cotidiano de la vida educativa, caminemos hacia nuestra propia transformación. Ese equilibrio se traduce en ser más humanos, más responsables, más sensatos, más maduros.

No permitamos que esto se pierda, no hagamos que lo que la educación logró con tanto esfuerzo se extravíe porque no supimos comprender que, al recibir formación estábamos recibiendo una nueva forma de ser, de actuar, de proceder ante la vida. La segunda ley de la termodinámica dice que la energía total del universo se mantiene constante. No se crea ni se destruye, solo se transforma. Cuando un estudiante va ascendiendo en su carrera, la energía que viene del aula, de la biblioteca, de las conversaciones, del conocimiento dado en la investigación realizada, se concentra en su propia vida y empieza ese proceso de transformación que es definitivo. Es entonces cuando damos sentido a esos momentos de desesperación, de frustración, de traspaso, de no entender los conceptos que se nos presentaban, de sentirnos impotentes frente a la forma en como éramos evaluados. La vida tiene muchos de esos momentos de transformación, en los que sentimos que algo nuevo está pasando y que, aunque queramos, ya no podemos ser igual que antes.